

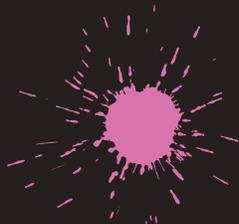


# DONDE A LA CIUDAD LE DUELE

ANA CECILIA GERRARD

Instituto de Cultura, Sociedad y Estado (ICSE)  
Universidad Nacional de Tierra del Fuego (UNTDF)

---



En el 2013, cuando empezaba mi investigación en Tierra del Fuego, un incendio arrasó con las instalaciones del edificio que, otrora, funcionó como el Frigorífico de la “Corporación Argentina de Productores de Carne” (CAP) de la ciudad de Río Grande. En esa oportunidad, los lugareños se vieron envueltos en una conmoción generalizada. El espectáculo era desolador: un humo negro y espeso cubría todo el barrio, y los bomberos hacían grandes esfuerzos para apagar las llamas. Ese 25 de octubre, la estructura del lugar que, para muchos, “había dado origen a la ciudad”, quedó reducida a cenizas y escombros.

Unos años antes, en 1999, el predio había sido declarado como Monumento Histórico Nacional, junto a otros edificios vinculados a las instituciones de la colonización<sup>1</sup>. Esta declaratoria se estableció con posterioridad a la venta de la propiedad, que hasta entonces pertenecía a la Asociación Rural, a un empresario local. Desde entonces, a los sucesivos incendios, se sumó el abandono por parte de las dependencias del patrimonio estatal, una (no) política de memoria que promueve olvidos de forma activa y selectiva. En el CAP, entonces, las fuerzas de la naturaleza y la agencia humana confluyeron en una gran ruina, una catástrofe que no es sino la catástrofe de la historia.

---

1 Decreto 64/99 del Ejecutivo Nacional.



Figura 1. Margen Sur.

El mito de origen de Río Grande instauró el 11 de julio de 1921 como fecha fundacional. Si bien la institución de este día oculta la violencia genocida del avance de la frontera productiva latifundista, iniciada hacia fines del siglo XIX, las narrativas suelen situar a los pioneros como los esforzados artífices de la civilización, el orden y el progreso. Estas memorias oficiales incluyen, por supuesto, a los protagonistas del proceso de acumulación originaria, la familia Braun- Menéndez Behety. Éstos llegaron a ocupar una superficie mayor al millón de hectáreas tan solo en Tierra del Fuego y crearon una sociedad, La Anónima, que ostenta en la actualidad grandes capitales. Para aprovechar al máximo los excedentes de la producción ovina, establecieron un frigorífico en 1917 que, durante el proceso de argentinización de la década de 1940, fue adquirida por la CAP, y funcionó como tal hasta los años ochenta.

La ciudad se estableció a ambos márgenes de *Jorr*, el río que los colonos rebautizaron como río Grande, sobre los terrenos de las estancias Primera Argentina y Segunda Argentina. Mientras que el margen norte de la ciudad concentró los edificios administrativos, la plaza principal, los comercios y el correo, el margen sur se instituyó como el centro económico, con su gran fábrica de carnes, la única red ferroviaria que conectaba la estancia con el muelle y, posteriormente, la pista de aterrizaje, que favorecía la única vía de conexión aérea de la isla con el continente. Con el proceso de industrialización y el boom

demográfico de fines de los años setenta, el centro económico pasó a establecerse al norte del río y, a pesar de que se creó un puente que pasó a unir ambos bordes, el CAP enfrentó el ocaso, la marginalización y la destrucción.



Figura 2. Caos.

**Caminar sobre sus escombros es una experiencia distópica.** Hierros torcidos, paredes derrumbadas y pisos endebles configuran un escenario casi posapocalíptico, situado en el sitio que, si bien supo ser el centro de la pujante colonia agrícola ganadera, hoy se convirtió en símbolo del “margen” de la ciudad industrial. En la primera oportunidad que recorrí las instalaciones, la máxima benjaminiana que postula que todo “documento de la cultura” es, al mismo tiempo, un “documento de la barbarie” (Benjamin, 2007, p.69) se me presentó con total nitidez. En el reflejo de un instante, los escombros se convirtieron en una totalidad significativa: el complejo, lleno de fantasmas, me resultó entonces una metonimia de la colonización ganadera, del genocidio y el des-

pojo de los pueblos indígenas, del “progreso” a costa de la sangre y el sacrificio humano y animal. No pude menos que contemplar con horror aquello que ya no se puede cambiar: si este monumento, botín de los vencedores, fue destruido, ¿qué ocurre entonces con los muertos vencidos?



Figura 3. The Rains of Castemere.

La monumental factoría, un edificio desencajado del paisaje estepario donde se carnearon millones de ovejas, acabó por devorarse a sí misma. “Volver al futuro”, pensé, mientras reflexionaba sobre la forma en que estas ruinas tensionan las representaciones locales del supuesto progreso ganadero. **Un futuro tan abrumador que se autodestruyó, ruina sobre ruina,** y yace hoy en la periferia de la ciudad, rodeado de calles con denominaciones instituidas “en homenaje” a los indígenas asesinados y desterrados. El CAP condensa, así, y presentes, en un entorno

deshecho que resulta disruptivo en el espacio de la ciudad proyectada. Al mismo tiempo, quienes habitan los asentamientos cercanos utilizan chapas, hierros, maderas y aislantes para construir sus hogares, con las ruinas del progreso y los escombros de la memoria como materiales de construcción.



Figura 4. Santuario sacrificial.

El CAP es también un espacio vivido para los grafiteros, que suelen ser acusados de “atentar contra el patrimonio”, ya visiblemente azotado por el huracán del progreso. En las ruinas urbanas dejan sus marcas, “donde la ciudad duele” me explicó Banzo mientras recorríamos el establecimiento y me señalaba las intervenciones hechas en el sitio exacto del matadero donde se hacía el sacrificio ritual. Para mi sorpresa, advertí entonces que el salón de fiestas de la elite local se ubicaba justo por debajo del santuario sacrificial, en la misma nave del complejo fabril, y no en otra. La imagen de millones de ovejas sacrificadas sobre el salón de ceremonias para redimir a los responsables del plan sistemático de exterminio del pueblo selk’nam se me presentó en otro instante fugaz, que me permitió vincular el pasado y el presente.



En el sitio que estaba pisando, trabajaron varias de las ancianas de la Comunidad Indígena Rafaela Ishton en los tiempos de su juventud, junto a trabajadores de origen chileno e indígena forzados a hacer posible el éxito de la empresa ganadera, la misma que procuró exterminarles, material y simbólicamente. La imagen de indígenas asesinados para preservar ovejas, posteriormente asesinadas por ellos mismos, me condujo a reflexionar sobre la búsqueda de redención del pecado original de la colonización, que mantiene a toda la sociedad cautiva en un trauma. En este sentido, el abandono del CAP es, ante todo, una decisión activa de olvidar el genocidio. En contraste, la ruina es una mónada que exhibe el triste espectáculo de la historia, una herida abierta sin sutura que ilumina la derrota del progreso.

---

Figura 5. Donde a la ciudad le duele.



## Referencias Bibliográficas

- Benjamin, Walter (2007). *Conceptos de filosofía de la historia*. Terramar.
- 

### ANA CECILIA GERRARD

cgerrard@untdf.edu.ar



Antropóloga Social y candidata doctoral del Programa de Posgrado en Antropología Social por la Universidad Nacional de Misiones (PPAS UNaM). En su tesis de doctorado, analiza los procesos de patrimonialización y las políticas de memoria en Tierra del Fuego (Argentina). Es Profesora Adjunta en el Instituto de Cultura, Sociedad y Estado (ICSE) de la Universidad Nacional de Tierra del Fuego (UNTDF). Integra la Cátedra Libre de Pueblos Originarios de la UNTDF, la Red de Información y Discusión sobre Arqueología y Patrimonio (RIDAP) y el Grupo de Estudios sobre Memorias Alterizadas y Subordinadas (GEMAS).

